



Casi 8.500 personas asisten a la Asamblea General del Congreso Mundial Menonita

Harrisburg, EEUU, julio 2015 — Entre inscripciones para todo el evento y aquellos que solamente asistieron un día o a la reunión de una noche, fueron 8.454 los asistentes a *Pennsylvania 2015*, como se conoció la Asamblea General del Congreso Mundial Menonita (CMM).

La asistencia se vio sensiblemente mermada por los problemas que tuvieron muchos asiáticos, africanos y latinoamericanos, para conseguir visados para entrar a EEUU.

A la Asamblea General y a la Cumbre de la Juventud asisten hermanos y hermanas de todo el mundo, motivados por el interés de conocer e interactuar con otros creyentes de nuestra gran familia anabautista, menonita y Hermanos en Cristo a lo ancho de todo el mundo. A pesar de lo masiva que es la concurrencia, el ambiente es de una gran reunión de familia donde a cada persona se la presupone hermana o hermano, y todo el mundo disfruta de conocer y charlar con personas de diferentes países, razas, culturas e idiomas, chapurreando en inglés o francés o español, según cada cual sea capaz.

El CMM se reunió por primera vez en 1925 para celebrar el 4º Centenario del anabaptismo.

Los grupos que se identifican de diferentes maneras como menonitas, anabautistas o «hermanos» descendientes del movimiento anabaptista del siglo XVI, constituyen hoy — según las últimas estadísticas recoge-



das— unos 2,12 millones de miembros, en 305 cuerpos o convenciones nacionales, en 87 países. No todos son miembros del Congreso Mundial Menonita. No son miembros, por ejemplo los ámish, los hutteritas, o la Iglesia de Hermanos, aunque estos cuerpos y otros muchos descendientes del anabaptismo, sí figuran en la Guía Mundial que publica CMM.

El centro poblacional de estas iglesias se desplazó en los siglos XVIII y XIX de Europa a Norteamérica. En las últimas décadas se ha desplazado a África. La iglesia Meseretes Kristos, de Etiopía, es la convención nacional más grande, con casi 260 mil miembros; aunque EEUU, con casi 540 mil miembros repartidos entre varias decenas de agrupaciones, sigue siendo el país con mayor número de anabautistas.

El congreso está vertebrado en estas Asambleas Generales (que se celebran cada seis años y que suelen congregarse a miles de personas) y el Concilio General y cuatro Comisiones (Fe y Vida, Misiones, Paz, Diaconía).

Estos cinco cuerpos se reúnen cada tres años, coincidiendo cada seis años con la Asamblea General. En esta oportunidad, el Concilio General y las cuatro comisiones se reunieron la semana antes de la Asamblea para unos días intensos, cargados de actividades y decisiones. También se reúne cada seis años en coincidencia con la Asamblea (y en la semana anterior), la Cumbre Mundial de la Juventud —en esta ocasión, unos 449 jóvenes de todo el mundo.

Las comisiones, el Concilio y las sesiones de delegados de la Cumbre de la Juventud, están compuestas por delegados nombrados por las iglesias miembro, que son actualmente unos 103 cuerpos nacionales en 56 países en los cinco continentes. Dentro de la estructura de la Comisión de Misiones participan entidades misioneras y de ayuda humanitaria cristiana de todo el mundo, que no coinciden necesariamente en su configuración con los cuerpos eclesiales existentes en los diferentes países.

Vea más en: www.mwc-cmm.org.

También en este número:

Hay un plan de Dios para mí	2
Aviones de papel... y el Espíritu	3
Ir por moras	5
La trágica impaciencia	7
Diccionario: Yahvé, Jehová	8

Hay un plan de Dios para mí

por Antonio González



Una de las características más llamativas del cristianismo es la afirmación de que Dios tiene un plan para la vida de cada persona que se entrega a él: «Somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios dispuso de antemano a fin de que las pongamos en práctica» (Ef 2,10 NVI). En realidad, si Dios es un ser omnisciente, que ha creado al ser humano por amor, el destino de cada ser humano no puede ser algo indiferente para su Creador (Sal 139). Sin duda, ese plan de Dios para cada ser humano tiene que incluir algo que, de acuerdo a su misma revelación, constituye uno de los bienes mayores para Dios, y que es precisamente la libertad de sus criaturas. Y esto le confiere al plan de Dios para cada uno de nosotros un carácter muy especial: Es un plan que se tiene que realizar en nuestras decisiones libres, en nuestro diálogo con Dios, y en nuestra búsqueda generosa de su voluntad.

Tal vez una manera de aproximarnos a este diálogo y a esta búsqueda sea tratar de evitar algunos engaños que son relativamente frecuentes entre los cristianos:

1. El engaño legalista. Sería una manera de pensar según la cual la realización del plan de Dios para la propia vida consiste simplemente en cumplir sus mandamientos, haciendo aquello que Dios manda y evitando aquello que Dios prohíbe. En realidad, este modo de pensar solamente toca el

marco más externo de la voluntad de Dios, pero olvida algo esencial: el plan de Dios es algo absolutamente personal, que solamente puede ser alcanzado en el seguimiento personal de Jesús. Dios tiene algo mejor, personal e intransferible, para cada uno de nosotros. Algo que va más allá de una serie de normas. Es algo que pone de relieve la historia del «joven rico», y la consiguiente promesa de Jesús sobre las bendiciones que acompañan a sus seguidores (Mc 10,17-31).

2. El engaño del miedo. Algunos tal vez se pueden engañar pensando que el plan de Dios para ellos puede ir acompañado de indecibles sufrimientos y «pruebas». Como si Dios se entretuviera haciéndonos pasar dificultades. Como en el caso anterior, Dios aparece como alguien lejano, pero ahora a esa lejanía se le añadiría la crueldad. Se teme entonces que, al buscar el plan de Dios, éste nos puede

Lo que Dios tiene para nosotros, por difícil que pueda parecer, será algo que nos dará una felicidad que no encontraremos en ningún otro lugar. Los planes de Dios para nosotros son de gozo, de vida abundante y de paz.

pedir que dejemos todo, y nos vayamos a vivir al rincón más apartado y peligroso de la selva, para sufrir todo tipo de calamidades. En realidad, este modo de pensar olvida que la voluntad de Dios para cada uno de nosotros es «buena, agradable, y perfecta» (Ro 12,1-3). Lo que Dios tiene para nosotros, por difícil que pueda parecer, será algo que nos dará una felicidad que no encontraremos en ningún otro lugar. Los planes de Dios para nosotros son de gozo, de vida abundante, y de paz (Jer 29,11; Jn 10,10).

3. La humildad fingida. Otro engaño posible, a veces ligado al miedo, consistiría en pensar que la voluntad de Dios es algo que Dios tiene solamente para los grandes profetas, apóstoles, y gente semejante. En el mejor de los casos, habría una voluntad de Dios para los «pastores» u otras personas presuntamente más «santas» que los demás cristianos, y destinadas por tanto a tener una relación distinta y especial con Dios. En realidad, el plan de Dios es algo que Dios tiene para cada uno de sus hijos e hijas, no dependiendo de su presunta importancia «religiosa» (Ef 2,10). Encontrar ese plan, y hacerlo propio, es el secreto de una vida cristiana plena, para cada uno de los creyentes. Pensar de otra manera, es caer en manos de una «religiosidad» que quiere alejar de nuestras vidas el gozo apasionante del encuentro personal con Dios.

4. La manipulación. Los engaños de la religiosidad son a veces un poco retorcidos. En lugar de buscar el plan de Dios, podemos caer en cierto tipo de manipulación, aparentemente «piadosa». Suele suceder de esta manera: La persona decide lo que quiere hacer en su vida, y después hace la siguiente consideración: «Bueno, si esto es el plan de Dios, sucederá. En ese caso, tendré los medios para realizar lo que me había propuesto. Si Dios no quisiera mi plan, lo impediría». Este modo de pensar olvida que Dios respeta exquisitamente nuestra voluntad. Además, si así fueran las cosas, ningún pecado sucedería, porque Dios

tendría que impedirlos. En realidad, cuando pensamos de este modo, más bien tratamos de traer a Dios a nuestros propios planes, sin permitirle que nos revele su plan para nuestras vidas.

5. El fatalismo. Cuando vamos por el camino de una religiosidad impersonal, podemos llegar al puro fatalismo. Las cosas simplemente suceden, y si suceden es que eran la voluntad de Dios. Ahora bien, no todo lo que sucede es la voluntad de Dios. No podemos tapar la responsabilidad que viene con nuestra libertad, parar ahorrarnos el encuentro con Dios, la búsqueda de su plan, y la posibilidad de que Dios haga una obra en nuestra vida, para llenarnos de gozo, de sen-

tido, y para sorprendernos con lo inesperado. El plan de Dios para cada uno de nosotros es algo que tenemos que buscar activamente, si queremos verdaderamente encontrarlo. Y buscarlo activamente significa buscarlo personalmente, en diálogo con nuestro Señor.

6. El pasado. Finalmente, podríamos pensar que, en realidad, ya nos hemos perdido el plan de Dios para nuestras vidas. Lo tendríamos que haber seguido desde hace mucho tiempo. No lo hicimos... ¡pues que los jóvenes busquen ese plan, pero para los más mayores ya es demasiado tarde! Si pensamos así, de nuevo estamos entendiendo el plan de Dios

como algo puramente mecánico, al margen del encuentro de nuestra libertad con la libertad de Dios. En realidad, incluso los aparatitos mecánicos, como el GPS, pueden calcular de nuevo la ruta, cuando nos pasamos una, dos, o trescientas calles...

¡Mucho más puede hacer y hace Dios! Moisés trató de realizar el plan de Dios a su manera, matando a un egipcio, y perdió bastante tiempo (Ex 2,11ss)... En realidad, Moisés comenzó a ser usado por Dios cuando tenía ochenta años (Ex 7:7), así que ciertamente no es tarde para ninguno de nosotros.

Explicando Romanos 6,12-8,29

Aviones de papel, montar en bici... y el Espíritu

por Dionisio Byler

- Una hoja de papel **no puede** volar.¹
- Pero debidamente doblada, **podría** volar.
- Cuando además recibe un impulso exterior, **vuela**.

La soberanía del Espíritu

La persona que no conoce más que la carne, es incapaz de vivir conforme al Espíritu.

Bien pensado, sin embargo, una hoja de papel sí puede volar —en una tormenta de aire. Cogida por una fuerza irresistible, puede mantenerse en el aire bastante tiempo.

A veces nos sorprende descubrir que existe gente que sin conocer al Señor como nosotros entendemos que habría que conocerlo, sin embargo por circunstancias cuyo propósito sólo a Dios le incumbe saber, viven vidas auténticamente espirituales. Esta es pura soberanía y gracia de Dios. No hace falta explicarlo, aparte de recordar que Jesús dijo que tenía «otras ovejas, de otros rebaños».



Tampoco sería justo considerar que eso sería lo ideal, o que debería ser «normal».

La ley

Para transformarse en un avión capaz de volar, la hoja de papel tiene que pasar por un proceso lento, un «difícil aprendizaje» hasta que la forma del avión quede bien aprendida y el papel ya no vuelva a su estado anterior. Las marcas en la hoja de papel serán permanentes; nunca desaparecerán.

Un doblez sin «sufrimiento», que no deja marca permanente, que no altera permanentemente la forma de la hoja de papel, de nada sirve. Si el papel tuviera sentimientos, tal vez diría que la transformación, de hoja de papel a avión de papel, ha sido dura, difícil, dolorosa.

¡Algunos modelos de avión de papel hasta exigen el empleo de tijeras! El «sufrimiento» puede llegar a ser entonces muy intenso. La hoja, que no tiene ninguna conciencia de a dónde yo quiero ir a parar con ella, puede llegar a dudar de que merezca

¹ Reconstruido de los apuntes de lo que prediqué el 20 de junio de 1997.



la pena. Puede preguntarse si me he olvidado de mis objetivos, puede llegar a preguntarse si es que me ha dejado de importar lo que le pasa.

El problema

Una vez terminado el avión de papel, sin embargo, por mucho que se esfuerce, sigue siendo incapaz de volar.

¡**Todo** ha cambiado, pero **nada** ha cambiado! Ha aprendido nuevas **formas**, pero jamás, por mucho que se esfuerce, podrá volar por sus propias fuerzas.

Esta es la condición que Pablo describe en Romanos 7; lo que él describe como estar bajo la ley. Es una situación de máxima frustración. Tanto esfuerzo, tanto dejarse moldear, tanto sufrimiento aguantado con ilusión... ¡aparentemente para nada!

De hecho, habría que preguntarse si en una tormenta de aire capaz de mantener en vuelo indefinidamente una hoja de papel cualquiera, si acaso este avión de papel no volaría **peor** que una hoja sin doblar. Ya sabe demasiado acerca de las teorías de vuelo como para volar espontáneamente. ¡Ya ni para eso sirve!

Que no nos sorprenda, entonces, el tono de desesperación que adopta Pablo hacia el final de Romanos 7 al describir esta situación.

Y es que para volar, este avión —y cualquier papel, con cualquiera forma que tenga— siempre requerirá **una fuerza exterior** a sí mismo. Ya sea el

impulso de mi brazo, ya sea que lo recoja el viento, ya sea que alguien lo lleve al espacio y lo tire por la borda para que siga en órbita eterna... **siempre** dependerá de algo fuera de sí mismo para volar.

Lo cual no es decir que todo el esfuerzo de aprender la ley haya sido en vano. Cuando yo quiero que mi avión de papel vuele, siempre me dará mayor satisfacción este avión, que un papel sin doblar. Para los propósitos míos, del creador del avión de papel, es infinitamente superior el papel que se ha dejado doblar y formar conforme a mi plan premeditado. Una hoja de papel que se resistiera, que no «recordara» por donde lo he doblado, o que se me doblara por otras partes que donde me interesa, un papel que se me arruga... ¿para qué lo iba a querer yo?

El esfuerzo de acoplo a la santidad que instruye la ley es indispensable. Dios no se va a poner a jugar a los aviones de papel con nosotros, si nosotros no nos dejamos doblar en sus manos, si no aceptamos sus mandamientos.

El Espíritu Santo

Jesús descubrió que hay una «fuerza motora» que Dios pone en nuestro interior, su propio Espíritu Santo, que desde dentro nos impulsa hacia las buenas obras.

Como todas las demás cosas que guardan relación con Jesús, esto depende de la fe. Y como con todas las cosas que dependen de la fe, hay

que ejercitarse en ello y crecer; dar lugar a siempre mayores cotas, mayores logros.

Es como montar en una bicicleta. No hay manuales de instrucciones que valgan. Es imposible que te expliquen cómo se monta en bici, aprenderlo en los libros. La única manera de aprender es lanzarse, atreverse, llevarse unos buenos golpes... y un buen día descubres que lo que parecía imposible, sí lo puedes hacer.

Recuerdo que mi hija Gloria se desanimó cuando lo intentó, a los cuatro años de edad. Le compramos una bici muy mona, blanca y rosada, muy femenina e infantil. Pero después de llevarse varios golpes le cogió miedo y manía. Llegó a convencerse que no era posible. Y así perdió la motivación para seguirlo intentando. Años más tarde, no sé cómo, pero aprendió.

Vivir en el Espíritu no es ni imposible ni especialmente difícil. Hay que perderle el miedo, eso sí. Hay que estar dispuesto a darse unos buenos tumbos, a pasar vergüenza, a hacer el ridículo, a meter la pata con las mejores intenciones del mundo.

Para «vivir» por el Espíritu, hace falta aprender a fiarse del Espíritu que Dios ha puesto en nuestro interior. Hace falta creérselo, dejarse llevar, dejarse impulsar, fiarse de la pequeña voz interior que nos conduce a las buenas obras, los buenos pensamientos, las buenas intenciones y actitudes...

En aquellos años cuando jugaba con aviones de papel, los que me hacía solían tener vuelos iniciales entre regulares y desastrosos. Me habría aburrido un avión que volara perfectamente a la primera. ¡Si volaba bien, ya no había nada más que hacer con él! Lo divertido era irlo mejorando. Los recogía, enfatizaba algún pliegue, levantaba un poco esta ala o la otra... Al cabo de varias pruebas, empezaba a conseguir imprimirle las características aerodinámicas que quería darle. ¡Qué satisfacción!

De manera que no te desanimes si cuesta un poco cogerle el tranquillo a esto del Espíritu. Ni difícil ni misterioso ni mucho menos imposible, es en realidad nuestra solución.

Lecciones de la vida diaria aplicadas a la evangelización

Ir por moras (1 de 2)

Sergio Rosell

Desde hace unos meses intento pasear a nuestro perro un par de veces a la semana. Vivimos en una casa con un jardín amplio, pero nuestro perro de más de doce años pertenece a una de esas razas que necesita «mucha marcha». Aparentemente nuestro jardín se le queda pequeño y desde antes de cumplir el año se dedicó a escapar de la finca. Su argucia asombraba a propios y extraños por igual. No había manera de mantenerlo dentro de la finca: las vallas se le quedaban cortas, el brezo que colocó el vecino le servía como plataforma, los diversos métodos no hacían sino afilar su agudeza e inteligencia. En algunas ocasiones llegamos a pensar que podía levitar.

Nuestro particular «Houdini» nos ha hecho gastar cientos de euros y nos ha mantenido en vilo durante los más de doce años que ha estado con nosotros. Hubo un tiempo —he de confesar— que deseé que alguien viniera a por él y pudiéramos así deshacernos de lo que se estaba convirtiendo en un incordio.

Una vez me llamó la Guardia Civil y nos notificó que le habían encontrado vagando por ahí y que era una falta penada con más de 300 euros.

Algo había que hacer, y pronto. Até al perro a un árbol durante dos días seguidos. Le encerré en una caseta y solo le sacaba al jardín bajo mi atenta mirada. Quería que supiese que ya no estaba dispuesto a más escapadas. Entre curas por peleas, vacunas, cuerdas, bozales y demás, ya había gastado en vida lo que había planificado para este animal. No más, punto. Había que tomar una decisión dolorosa, pero ya era tiempo. No podía arriesgar una multa más.

La respuesta de la persona a la que llamé por ayuda no fue de mi agrado. En el refugio de perros no había lugar para mascotas tan mayores, me dijo, y además me acusó —al menos así lo sentí yo— de no dar el tiempo adecuado al animal, cuya raza le hacía

proclive a buscar aventuras más allá de las verjas de la casa si el dueño no estaba dispuesto a dárselas por las buenas.

—Lo que usted tiene que hacer es pasear al perro dos o tres veces al día— dijo en tono seco.

¡Cómo si el día tuviera 32 horas! —dije para mí. Colgué el teléfono con rabia, desengañado y frustrado, aún con un grave problema entre mis manos. ¿Qué hacer? La rabia pronto pasó y empecé a pensar que quizás no había sido tan justo con aquel animal que me había dado tantos buenos ratos desde que formara parte de nuestra familia con solo unos meses de vida.

Los paseos con Nero hoy día son uno de los puntos álgidos de la semana. Le llamamos Nero a causa del César romano Nerón («Nero» en inglés) porque su nombre significaba «barba roja» y el nuestro era de un color canela intenso cuando nos fue regalado. Hoy es ya un septuagenario con más canas que color canela, pero aún se le atisba ese tono rojizo anaranjado tan atractivo de su juventud. De cualquier forma, qué mejor excusa para pasear con tranquilidad y disfrutar del bello paisaje a nuestro alrededor que ir acompañado de nuestro perro. Cuando dejé atrás mi obsesión por tener un perro dócil y miré cuáles eran sus necesidades biológicas dadas, mejor me fue.

El perro ya no se escapa y espera nuestro paseo como la cosa mejor en el mundo. A pesar de que se está quedando sordo, en cuanto ve que cojo la correa y el arnés se pone a aullar con una alegría contagiosa. La relación de com-

plicidad entre ambos, he de decir, no ha dejado de crecer desde entonces. Enfrentar la realidad con sobriedad y tomando al otro en cuenta ha sido una verdadera enseñanza para mí.

Y en eso estoy, paseando a mi perro y aprovechando el comienzo del otoño para recoger algunas moras. Las moras silvestres tienen unas propiedades antioxidantes increíbles y son ricas en vitamina C y E, que ayudan a reforzar nuestro sistema inmunológico. Además, son aliadas del corazón, consiguiendo que aumente el colesterol «bueno», el DHL, para regular el metabolismo de la grasa. Por último, y no por ello menos útil, su jugo contiene componentes capaces de inhibir el efecto de varias bacterias en nuestra boca responsables del sarro, la placa bacteriana, etc. Total, una bomba biológica buena al alcance de todo aquel que se arrime a cogerlas.

Así que cogí un envase de plástico y me llevé a Nero a coger moras.



Comencé el paseo como siempre, con la complicidad del perro que espera que decida qué camino voy a tomar para seguirme. Hasta eso ha conseguido nuestro paseo cuasidiario: no sólo ya no se escapa sino que levanta su mirada a menudo para saber dónde voy, ya que su creciente sordera le impide escuchar mi voz nítidamente. Tomé el camino de siempre, nada más salir a la derecha. Las primeras zarzas mostraban el indicio de que otros paseantes ya se habían fijado en sus succulentos frutos. Se trata de una zarza relativamente cercana a nuestra casa y de la que habíamos cogido buenas moras hacía solo unos días. Las noticias parecían haber viajado rápidamente porque apenas quedaban algunas moras maduras en sus peligrasas ramas.

Cogí las pocas que pude sin arriesgar mucho mi integridad física y las guardé en el recipiente que había traído para la ocasión. De súbito me acordé de lo que una compañera de nuestro equipo había comentado acerca de su experiencia al coger moras: el pensamiento de que las personas son como las moras: algunas hechas y maduras, listas para que las recojamos. Otras están aún verdes, o rojas, y hay que esperar a que maduren. Lo decía, claro está, en el contexto de la evangelización y el discipulado cristiano. Mi incipiente paseo se estaba convirtiendo en una lección acerca de la vida cristiana, y en especial en lo referente a la evangelización y al establecimiento de nuevas iglesias. Ni que decir que mi mente estaba preparada para ello. En esos días estaba preparando un curso sobre esa materia, así que era normal que mis pensamientos se dirigieran sin mayor esfuerzo hacia lo que mi cerebro llevaba días digiriendo.

Así que la primera lección era que es obvio que una vez se corre la voz todo el mundo va allí donde parece haber buen y abundante fruto.

Un rápido repaso mental al mapa de nuestra nación parecía darme la razón. La mayoría de las denominaciones nacionales está estableciendo iglesias allí donde hay una superpoblación de iglesias. No importa cuántos años Decisión España nos

haya estado animando a adoptar un pueblo o pedanía, las iglesias hemos hecho oídos sordos y nos hemos concentrado en las mismas áreas de influencia. Hace unas semanas nuestro equipo se retiró un fin de semana por los montes entre las provincias de Burgos y Soria. El lugar, por inhóspito y rústico, nos sirvió para desconectar de todas las demás actividades y centrarnos en lo más importante: la presencia de Dios en nuestras vidas. Tras tres días de oración, buena alabanza y mejor comunión, partimos de vuelta a nuestras casas.

El camino de retorno fue espectacular: pueblos castellanos que destilaban historia, belleza pétreo contenida en bellos acantilados poblados de buitres. Castillos y monasterios que nos hablaban de una otrora época de grandeza y avances en el saber. Y, en medio de todo ello, la triste confirmación de que la mayoría de las iglesias de España no tienen obra en estos bellos pero duros pueblos de la sierra castellana. ¿Por qué todos vamos donde se nos hace más cómodo estar? ¿Dónde están aquellos dispuestos a buscar los frutos en las zarzas de más allá?

Con las pocas moras conseguidas, de mediano y pequeño tamaño esta vez, he de confesar, seguí con el paseo.

Mi perro esperaba pacientemente cada vez que me paraba frente a una nueva zarza para reconocer si tenía fruto maduro y agradable a los sentidos. La falta de lluvia los meses anteriores había provocado que la mayoría de las moras fueran minúsculas y con los granos tan juntos que apenas sí tenían sabor. ¿Sería esta una lección de que no había mucho fruto por recoger? Me venía a la mente la parábola de la «Higuera seca» y de cómo Jesús maldice al árbol que no tiene fruto cuando se suponía que había de tenerlo ya.

Me imaginaba como si fuera como Jesús, hablándole a la zarza y recriminándole que no tuviera fruto a su tiempo. ¿Para qué servía si no? Con estos y otros pensamientos seguí caminando.

Al cabo de unos minutos tenía al menos un puñado de moras para

degustar. Y en ese preciso instante pensé:

«Sé que estas moras me vendrían muy bien en estos momentos, pues hace tiempo que desayuné y el hambre aprieta, pero sé que a mis hijos les encantan. Si me las como ahora, no habrá para ellos cuando lleguen a casa».

De nuevo, en esta especie de epifanía febril sobre la evangelización, me sobrevino un pensamiento. ¿Por qué estoy siempre preocupado de que si me las como no habrá más para luego? ¿No se caracteriza la creación de Dios por la súper abundancia? Cada vez que veo documentales sobre la naturaleza me quedo asombrado cuando percibo que la naturaleza ofrece mucho más de lo que se espera de ella. Esos innumerables bancos de sardinas en las costas de Sudáfrica, seguidos de cerca por cientos de delfines, tiburones y aves acuáticas. Ciertamente la naturaleza produce en una escala que es difícil para el ser humano comprender, por mucho que estemos acostumbrados a vivir en la abundancia y el derroche.

¿Por qué tengo una mentalidad de «sociedad de bienes limitados», como a menudo suelo enseñar cuando hablo de la mentalidad mediterránea del siglo I? ¿Es que creo que no hay suficientes personas buscando a Dios en nuestro territorio que limito el alcance de lo que Dios puede hacer por el mero hecho de no creerlo?

Bien, una cosa es extrapolar lo de las moras a las personas a las que hemos de llegar con el evangelio y otra muy distinta el panorama nada halagüeño que tenía por delante. Por más que buscaba en las zarzas, todas ellas estaban exentas de fruto o este era excesivamente pequeño y reseco como para poder comerlo. Si comía las moras que ya había conseguido, ¿encontraría luego algunas más para compartir con los chicos? Como la proverbial instrucción de Dios a Pedro, «mata y come», abrí el recipiente y comencé a disfrutar del fruto de mi trabajo.

• *La apasionante aventura de Sergio y Nerón y las moras concluye el mes que viene.*

Parábolas para un mundo que vive a corto plazo (V)

Las trágicas consecuencias de la impaciencia

por José Luis Suárez

Las parábolas nos desafían a tener una mirada amplia hacia todo lo que vivimos

La riqueza de las parábolas consiste en que no son reduccionistas ni acotan espacios. Tampoco limitan posibilidades ni, en última instancia, son áreas cerradas donde ya está todo dicho y donde la imaginación, la intuición y la creatividad tienen poca cabida. Las parábolas serán siempre espacios abiertos donde el pasado, el presente y el futuro se unen para formar un todo; donde cada uno de estos espacios se complementan y amplían la perspectiva tan limitada de todo aquello que vemos y nos parece que entendemos.

Las dos parábolas de este artículo nos invitan a una reflexión profunda acerca del mundo que nos ha tocado vivir y donde la rapidez, la velocidad, la búsqueda de resultados inmediatos y el virus de las prisas se han convertido en la norma en todos los ámbitos de nuestra cultura desbocada a la carta del mínimo esfuerzo. Todas las soluciones rápidas susurran la misma promesa seductora de obtener el máximo resultado con el mínimo esfuerzo.

Es una evidencia que el culto a las soluciones rápidas ha ido echando raíces en la cultura popular. Estas parábolas cuestionan de forma asombrosa esa visión de la vida y nos muestran adónde nos puede conducir esta manera de entender todos los acontecimientos que nos ocurren.

Parábola de la impaciencia

En cierta ocasión, un hombre durante un paseo por el bosque, descubrió una crisálida en la corteza de un árbol y se la llevó a su casa para poder descubrir cómo se producía su eclosión. A los pocos días, se dio cuenta de que había una pequeña apertura en el capullo y entonces se sentó a observar la salida de la mariposa. El hombre vio cómo la mariposa se esforzaba para poder pasar su cuerpo a través de la

pequeña apertura. Hubo un momento en que parecía que ya no adelantaba en su intento de salir del capullo. Daba la impresión de que se había quedado paralizada.

El hombre se impacientó, y decidió ayudar a la mariposa. Aproximándose, le echó el aliento para calentarla lo más rápido posible que pudo y ante sus ojos empezó a producirse el milagro de la vida. Se abrió el cascarón y la mariposa empezó a arrastrarse lentamente. El hombre continuó observando y esperando que en cualquier momento, las alas se desdoblaran lo suficiente como para poder volar.

El horror del hombre fue grande al darse cuenta que las alas de la mariposa estaban plegadas a la espalda y arrugadas; la infeliz mariposa intentaba desplegarlas con todo su cuerpo tembloroso. El hombre se inclinó hacia ella e intentó de nuevo ayudarla con su aliento, pero todo su esfuerzo fue en vano. La mariposa luchó desesperadamente y, unos pocos segundos después, murió en la palma de la mano del hombre.

Lo que en su ignorancia no entendió este hombre, inmerso en su espíritu de buen samaritano, era que el impedimento de la abertura del capullo y la lucha de la mariposa por salir a través de la diminuta apertura, era la forma en que la naturaleza forzaba los movimientos de su cuerpo a ir hacia las alas a fin de que fueran grandes y fuertes y poderosas para volar.

Este buen samaritano no sabía que la libertad y el volar sólo pueden llegar después de la lucha. Al privar a la mariposa de su lucha, también el hombre le privó de su libertad y de su vuelo y eso causó su muerte.

Comentario a esta parábola

En el universo cada cosa tiene su tiempo de gestación, y no se puede acelerar más allá de lo naturalmente posible sin que tenga nefastas consecuencias.



«No tengo tiempo»

Un hombre estaba trabajando febrilmente talando árboles en un bosque, cuando un viajero que pasaba por allí, después de observarlo detenidamente durante un largo rato, le preguntó:

—¿Que está haciendo?

—¿No lo ve? —respondió sin levantar la cabeza—. Estoy cortando este árbol.

—Parece exhausto —comentó el viajero—. ¿Cuánto tiempo lleva cortando el árbol?

—Más de cinco horas, y estoy molido. Esto no es sencillo.

—¿Por qué no hace una pausa durante unos minutos y afila la sierra? Estoy seguro de que cortaría mucho más rápido el árbol.

—No tengo tiempo para afilar la sierra —dijo el hombre enfáticamente—. Estoy demasiado ocupado aserrando el árbol.

Comentario a esta parábola

Pararnos para recuperar fuerzas no es un gasto de tiempo, sino una extraordinaria inversión.

Temas de reflexión que se desprende de estas parábolas

Esfuerzo, confianza, perseverancia, espera, procesos, atajos, prisas, urgencias, paciencia, creatividad, imaginación.

Frase para un mundo que vive a corto plazo

¡Cuán pobres son aquellos que no tienen paciencia! ¿Hay herida que sane de otra manera que no sea poco a poco? (William Shakespeare)

Diccionario de términos bíblicos y teológicos

Yahvé / Jehová / el Señor — El nombre de Dios, revelado a Moisés cuando el Señor se le apareció para enviarlo a Egipto a liberar de la esclavitud a su pueblo.

Los patriarcas —Abraham, Isaac, Jacob y sus descendientes— eran adoradores del dios llamado El. Entre otras evidencias está el propio nombre del patriarca *Isra-El* («Dios pelea», Gn 32,28). Se sabe que en el 2º milenio a.C., El era adorado por muchos pueblos de la región como el principal entre los dioses. Para cuando toma forma el idioma hebreo, sin embargo, la palabra «el» ya funciona como sustantivo común: *dios*.

Aquellas gentes del 2º milenio a.C. adoraban otros dioses además de El, entre los cuales estaba Baal, que significa «el Señor». Existía otro término que también se traduce como «señor», *adón*, de donde recibiría su nombre la deidad griega Adonis. Ambas palabras, *baal* y *adón*, podían valer para describir una relación de señorío (el rey con su vasallo, el amo con su esclavo, el padre de familia con su esposa e hijos), pero en Israel se prefirió claramente, para Dios, el término *adón* —y *adonái*, mi Señor— por cuanto Baal se siguió conociendo como un dios prohibido, que los israelitas no debían confundir o identificar con Jehová. Que esa identificación o confusión existía, se puede ver en algunos nombres entre los israelitas, por ejemplo en la familia del rey Saúl: véase *Isbaal* («hombre de Baal» —cuyo nombre figura ridiculizado en algún texto como *Isboset*, «hombre de una vergüenza»).

Es evidente que a lo largo de todo el período histórico hasta el exilio babilónico, el concepto del Señor como Dios único tuvo dificultades para penetrar en el ideario de los israelitas. ¡Era tanto más natural aceptar como adecuada la «verdad» que todas las demás naciones daban por cierta: que había multitud de dioses, cada uno de ellos patrono de algún grupo o ciudad o país en particular! La gente tendía a pensar que el Señor era único solamente en el

sentido de que era el único dios al que debían adorar ellos, los israelitas.

Dios se apareció a Moisés presentándose como el mismo Dios de sus antepasados Abraham, Isaac y Jacob. No era cualquier dios del montón, sino el que ya venía adorando desde siempre su pueblo. Moisés, sin embargo, quiso saber algo más. Quiso saber Quién se entiende ser Dios mismo. No el nombre que le dan los hombres, sino el nombre que se da a sí mismo.

La respuesta, más que un nombre, es una afirmación teológica. «Yo soy el que soy. Diles que “Yo Soy” te envía». Esto tiene dos lecturas: Pudiera ser que Dios no se puede definir ni limitar con un nombre: Dios es lo que es, será lo que él quiera ser. La afirmación también pudiera ser una forma de poner en duda la existencia de otros dioses: Yo sí que soy, yo sí que existo, los demás presuntos dioses no existen, no son.

El nombre de Dios con ese significado «Yo soy», se transcribe al castellano diversamente como Yahvé o Yahveh, incluso Jahweh (por influencia del alemán).

La forma «Jehová» tiene una explicación muy interesante:

El pueblo de Israel siempre ha considerado que una de sus principales razones de existir es santificar el Nombre. Jesús pone la santificación del Nombre como primera exclamación de su oración, el Padrenuestro.

Un elemento de la santificación del Nombre, es nunca jamás violar el mandamiento en contra de tomar el nombre del Señor en vano. Para evitar esto, los judíos no pronuncian el Nombre. Esto ya era costumbre en tiempos de Cristo, como se observará por el hecho de que el propio Jesús solía evitar pronunciar el Nombre, Yahvé. Decía: «Reino de los cielos» o «Reino de Dios», por no decir: «Reino de Yahvé».

La forma habitual de evitar pronunciar el Nombre es sustituirlo con la expresión «mi Señor», *Adonái*. Esto es tan habitual que en los manuscritos

de la Biblia Hebrea, con las consonantes que indican Yahvé, vienen impresas las vocales de *Adonái*. En la transliteración de caracteres hebreos al latín, esa combinación da como resultado *Jehovah*. Una expresión sin sentido, que en absoluto sería pronunciar el Nombre.

Este servidor que escribe, suelo seguir la costumbre judía en la lectura de los textos hebreos del Antiguo Testamento: Pronuncio *Adonái* donde pone las consonantes del nombre Yahvé; y pronuncio *Adonái Hashem*, «mi Señor el Nombre», donde pone en hebreo «*Adonái Yahvé*». Y para lectura en voz alta en la iglesia prefiero aquellas versiones que ponen «el SEÑOR» en lugar de «Jehová» o «Yahvé». Me gusta la idea de «santificar» así el Nombre del Señor. No me obsesiono con ello: si hace falta, se pronuncia, no pasa nada; es sencillamente una preferencia personal.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de AMYHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMYHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMYHCE.

www.menonitas.org